

ACERCA DEL ROL DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES, SINDICATOS Y REDES DE ACTIVISTAS EN LOS PROCESOS DE DEMOCRATIZACIÓN

FEDERICO M. ROSSI* Y DONATELLA DELLA PORTA*

Introducción¹

A pesar de que los movimientos sociales son cada vez más reconocidos en los debates políticos y académicos como actores importantes en la constitución de las democracias, la interacción entre las literaturas sobre democratización y sobre movimientos sociales ha sido poco habitual. Primero, los movimientos sociales han estado lejos de ser considerados relevantes en la literatura sobre democratización, la cual se ha mayormente enfocado en las precondiciones económicas, el comportamiento de las élites o en la situación geopolítica. Por su parte, hasta hace poco los estudiosos de los movimientos sociales le habían prestado poca atención a los procesos de democratización, mayormente focalizando su interés en los países democráticos, donde las condiciones para la movilización son más favorables.

Más recientemente, sin embargo, dos tendencias llevaron al acercamiento de los enfoques sobre los movimientos sociales y la democratización. Por un lado, en la investigación en movimientos sociales, la emergencia del movimiento por la justicia global empujó a los investigadores sobre movimientos sociales del Norte a prestarle más atención a los temas de democracia así como a los movimientos sociales en la periferia. Por otro lado, la investigación sobre la más reciente ola de democratización (especialmente desde la caída del Muro de Berlín) comenzó a enfatizar el rol democratizador de la sociedad civil, teóricamente ubicado entre el Estado y el mercado, con una simultánea disminución en la confianza sobre el rol jugado por los partidos políticos como promotores de procesos de democratización. En algunas de estas interpretaciones, la sociedad civil es conceptualizada como un casi sinónimo de movimientos sociales (Cohen y Arato, 1992; Kaldor, 2003).

Incluso antes de esta reciente atención por la democratización, algunos estudios de casos fueron realizados sobre el rol jugado por los movimientos sociales en

* Department of Social and Political Sciences, European University Institute (Florencia, Italia). Contactos: federico.rossi@eui.eu / donatella.dellaporta@eui.eu.

¹ Deseamos agradecer a Amr Adly, Patrick Bernhagen, Christian Haerpfer, Leonardo Morlino, Ronald Inglehart, Philippe Schmitter, Juan Carlos Torre y Christian Welzel por sus útiles comentarios. Este artículo expande ideas que fueron inicialmente desarrolladas en Rossi y della Porta (2009).

específicos caminos hacia democratizaciones. Especialmente dentro de la perspectiva historicista algunas investigaciones observaron el rol de “las masas” en la primera democratización, otros el rol de los conflictos civiles en la caída de la democracia entre las dos Guerras Mundiales e incluso otros analizaron el rol de movimientos de resistencia a los regímenes autoritarios en el final de la Segunda Guerra Mundial. Luego de la ola de democratización de las décadas de 1950 a 1970 en el Sur de Europa, se produjo un cierto énfasis por la necesaria desmovilización de la política de “masas” para una efectiva consolidación de la democracia. Sin embargo, desde hace poco, se ha comenzado a prestar más atención a la influencia de los movimientos urbanos así como de los sindicatos en los procesos de democratización en diversas partes del mundo. Otras recientes tendencias causaron la emergencia de una nueva atención por temas de democratización y movimientos sociales en el marco de una perspectiva transnacional. La emergencia de coaliciones transnacionales de activistas por los derechos humanos y la democracia produjo importantes investigaciones sobre democratización en América Latina en particular (Brito, 1997; Keck y Sikkink, 1998). Simultáneamente, los movimientos por la justicia global puntualizaron la necesidad de democratizar las cada vez más poderosas organizaciones intergubernamentales internacionales, pero también una “radical democratización” de los países que ya son democráticos en un creciente desafío a la democracia representativa (Avritzer, 2009; Baiocchi, 2005; Sintomer *et al.*, 2008).

Con el fin de organizar estos debates para abrir una necesaria agenda de investigación, en este artículo realizaremos una revisión de estas diferentes perspectivas y luego propondremos una organización analítica de los diferentes roles que los movimientos sociales, sindicatos, redes de activistas y ciclos de protesta juegan en el proceso *dinámico, contingente y contencioso*² de formación de la democracia. Al proponer esto, no estamos abogando por un foco exclusivo en la democratización “desde abajo”; estamos convencidos de que el recorrido y ritmo de los procesos de democratización están influidos por la fortaleza y características de varios actores políticos y sociales. La combinación de las protestas callejeras y los acuerdos entre élites es de hecho un gran desafío para los procesos de democratización. Pensamos, sin embargo, que los movimientos sociales son a menudo actores importantes en todas las etapas de democratización.

Este artículo se concentra primero en las visiones sobre los movimientos sociales en el marco de la literatura sobre democratización, destacando el limitado rol asignado a los movimientos en sus principales enfoques: la *teoría de la modernización*, la *perspectiva histórica de clase* y la *transitología*. Luego continúa con la visión sobre la democratización en el marco de la literatura sobre movimientos sociales, dónde son identificados dos principales enfoques: el de los *nuevos movimientos sociales* y el del *proceso político*. Una vez realizada una revisión de estas diferentes perspectivas, propondremos una organización analítica de los diferentes roles que los movimientos sociales, los sindicatos, las redes de activistas y los ciclos de protesta juegan en la formación de la democracia. En el análisis de estos temas se tomarán ejemplos de América Latina, el sur de Europa y Europa Oriental.

² Utilizamos el término ‘contencioso’ como anglicismo de ‘contentious’ en vez de ‘beligerante’ ya que la primera representa una nueva línea de investigación que promueve la distinción entre la política ‘rutinaria’ (o institucionalizada), y la política ‘contenciosa’ (o disruptiva), la que incluye –pero excede– las protestas, huelgas y acciones armadas (sobre este debate ver Aminzade *et al.* 2001; McAdam *et al.* 2001; Tilly y Tarrow 2006).

El interés marginal por los movimientos sociales en la investigación sobre democratización

Los estudios sobre democratización le han tradicionalmente asignado un rol limitado a los movimientos sociales y la protesta. Esto es cierto en diferente grados en todos los principales enfoques sobre la democratización, tanto en los de tipo estructurales (teoría de la modernización y perspectiva histórica de clase) como el del proceso transaccional entre élites (transitología).

Enfoques estructuralistas sobre la democratización

Los primeros estudios sobre la democratización emergieron como secuela de la masiva destrucción que produjo en Europa la Segunda Guerra Mundial, la reconfiguración de la política mundial asociada a la expansión de la Unión Soviética y su área de influencia, y la descolonización de África y Asia. En el marco de este contexto dos predominantes perspectivas estructurales fueron desarrolladas con la intención de explicar los cambios de régimen político en los países periféricos (democrático, autoritario o totalitario). La investigación fue de hecho orientada a identificar los requisitos para que la democracia emerja y sobreviva, y/o descubrir que clase social es el actor clave en la promoción y sostenimiento del régimen democrático.

Dentro de la teoría de la modernización, el trabajo pionero de Lipset (1959) asocia a las chances de que emerja una democracia al desarrollo económico. Este enfoque tendía a recomendar políticas de asistencia económica (como los Plan Marshall) como un elemento central para la democratización política, y por tanto consideraba improbable la emergencia de la democracia en países de bajos ingresos y su supervivencia como precaria. La democracia sostenible requería de condiciones estructurales, entre ellos el desarrollo de una clase media pro democrática. Algunos estudios comparados con un gran número de casos han confirmado una positiva y estadísticamente significativa correlación entre el PBI y la presencia de instituciones democráticas³. Esta perspectiva, sin embargo, no toma en consideración el rol de la capacidad de acción de los actores o la agencia (*agency*) y por tanto no puede explicar por qué países pobres tales como Portugal (1974), Grecia (1974), Ecuador (1979), Perú (1980) y Bolivia (1982) se democratizaron antes que países más industrializados como Argentina (1983), Brasil (1985-1990), Chile (1991) y Corea del Sur (1987-1988).

Aunque es eficaz en su capacidad de explicar la supervivencia de democracias ya establecidas, la teoría de la modernización tiende de hecho a ignorar el rol de los actores sociales (entre ellos, los movimientos sociales) en la *construcción* de la democracia, y por tanto no puede explicar los diferentes tiempos (desde transiciones producidas por cambios abruptos a las que requirieron una década de cambios) y la calidad de la democratización (desde la obtención de una democracia meramente procedural a la sustantiva). Si bien los estudiosos de la modernización examinan el rol de los actores organizados y movilizados en la sociedad, el más prominente de ellos, Huntington (1965, 1991), rechaza que la movilización (en particular aquella de

³ Aunque con rupturas e irregularidades, la democracia en general ha sido correlacionada con un decrecimiento de la pobreza y las inequidades (Przeworski *et al.* 2000; Houle 2009).

la clase trabajadora) sea una fuente de democratización “desde abajo”, definiendo como “sociedades pretorianas” a aquellas con altos niveles de movilización. En su visión, la potencial disrupción producida por los reclamos de inclusión requieren ser limitados y controlados. Enfoques como los de Huntington llevaron a una adicional, pero inconsistente, conclusión que caracteriza a su versión de la teoría de la modernización. Esta dice que la democracia necesita de bajos niveles de movilización y sindicalización, y que esos bajos niveles sólo pueden ser autorizados luego de haber alcanzado un relativamente alto nivel de industrialización.

Varios autores de diversas tradiciones analíticas –entre los cuales se destacan Bermeo (1997), Collier (1999), Tilly (2004a; b) y McAdam *et al.* (2001)– han, en cambio, convincentemente demostrado el rol crucial jugado por los actores movilizados en la emergencia, preservación y expansión de la democracia. Especialmente en la sociología histórica la investigación permitió identificar el rol de “las masas” en la primera y segunda ola de democratización, así como el rol de los movimientos de resistencia en la caída de los regímenes autoritarios en el final de la Segunda Guerra Mundial. En estos estudios una pregunta central emergió: *¿cuál es la clase social democratizadora?* Las narraciones históricas de los primeros procesos de democratización en Europa destacan el rol del movimiento obrero en la lucha por derechos civiles, políticos y sociales. En este sentido, Barrington Moore Jr. (1966), a pesar de acordar con Lipset en la importancia de las condiciones socioeconómicas, destaca el rol jugado por las clases sociales en la explicación de la primera democratización⁴ en Inglaterra (1642-1649), Francia (1789-1848) y los Estados Unidos (1861-1865). Similarmente, Bendix (1964) observó que durante la primera ola de democratización europea “las masas entraron en la historia”. Así mismo, T. H. Marshall (1992) enfatizó el rol de la movilización popular en la lucha por derechos civiles, políticos y sociales. Pizzorno (1996) notó que el movimiento socialista y otros jugaron un importante rol en el desarrollo de la democracia liberal, y Tilly (2004) destacó que el Estado y su proceso de constitución afectó los repertorios de los movimientos sociales produciendo la nacionalización y autonomización de las acciones de protesta.

La hipótesis de Moore sobre el impacto de las luchas de clases en los procesos de democratización luego fue especificada por estudiosos de más recientes olas de democratización. Rueschemeyer *et al.* (1992) encontraron que –dado cierto nivel de desarrollo socioeconómico– la clase trabajadores ha sido un actor clave en la promoción de la democratización en las dos últimas olas de democratización en el sur de Europa, Sudamérica y el Caribe⁵. Más recientemente, en otro trabajo comparado transnacional, Collier (1999) sugirió que el rol de la clase trabajadora –a pesar de no haber sido tan importante en el siglo XIX y el principio del XX en Europa Occidental como había sido propuesto por Rueschemeyer *et al.*– fue sin embargo central en la más reciente ola de democratización en el sur de Europa y Sudamérica. Utilizando la teoría de los juegos, Boix (2003) y Acemoglu y Robinson (2006: 38-39) además argumentan que la democratización es exitosa cuando las clases medias no se alían con las clases privilegiadas bloqueando la demanda de inclusión de la clase trabajadora. Finalmente, Markoff (1996) enfatiza el rol de los movimientos de mujeres

⁴ Moore destaca en particular la presencia de una burguesía urbana que no está aliada a la aristocracia en la represión a la emergente clase obrera, permitiendo así que la última expanda sus reclamos.

⁵ Sobre el rol de la clase trabajadora y los sindicatos en los procesos de democratización, también ver Silver (2003).

en la demanda de derechos democráticos en la primera larga ola de democratización, iniciada a fines del siglo XVIII.

Enfoques coyunturales de la democratización

Mientras que en la perspectiva histórica de clase hay una mayor preocupación por la reconstrucción de los recorridos históricos interactivos que en la teoría de la modernización, ambas perspectivas pasan por alto el rol jugado por los actores contenciosos y los mecanismos interactivos asociados a la democratización⁶. En cambio, la agencia es central en el llamado enfoque “transitológico”, el que sin embargo no presta mucha atención a los movimientos sociales como potenciales actores de la democratización.

Luego de la ola de democratización de la década de 1970 en el sur de Europa, los enfoques de la ciencia política sobre la construcción de las instituciones políticas han privilegiado a los partidos como los principales actores democráticos (Higley y Gunther 1992). Incluso los enfoques más dinámicos de la democratización (O'Donnell y Schmitter, 1986; Linz y Stepan, 1996), que tomaron en cuenta el ritmo temporal de las diferentes etapas de democratización, tendieron a percibir la “reforma pactada/ruptura pactada” de España (1977) como el modelo exitoso de democratización. Por este motivo fue enfatizada una necesaria desmovilización (o al menos su canalización dentro de los partidos políticos institucionalizados) de la “política de masas” para lograr una efectiva consolidación de la democracia.

Dentro de esta tradición, el trabajo más influyente sobre democratización es el de O'Donnell *et al.* (1986). En el tomo teórico que concluye una amplia obra colectiva, O'Donnell y Schmitter (1986) dedican una sección a lo que llaman la “resurrección de la sociedad civil”, significando un corto momento disruptivo cuando los movimientos, sindicatos, iglesias y la sociedad en general empujan la inicial liberalización de un régimen no democrático hacia una transición democrática. Para estos autores, este es un momento de grandes expectativas cuando “el pueblo” emerge, pero

en cualquier caso, y más allá de su intensidad y del trasfondo del cual surge, este levantamiento popular es siempre efímero. La represión selectiva, la manipulación y cooptación por aquellos que todavía controlan el aparato estatal, la fatiga inducida por las frecuentes demostraciones y “el teatro callejero”, los dilemas que surgen entre opciones procedimentales y políticas sustanciales, una sensación de desilusión ética con los compromisos “realistas” impuestos por la realización de pactos o por la aparición de liderazgos oligárquicos dentro del conjunto de grupos son todos factores que conducen hacia la disolución del levantamiento popular. El surgimiento y decadencia “del pueblo” deja muchas esperanzas rotas y actores frustrados (O'Donnell y Schmitter, 1986: 55-56).

Así, parecería que la corta vida de la sociedad civil no sólo es inevitable dada la recanalización de la participación dentro de los partidos políticos y el sistema electoral, sino que también podría considerarse como positiva, ya que era percibida como la única forma de evitar asustar a los sectores autoritarios dispuestos a la apertura, y de

⁶ Collier (1999) desarrolla un análisis dinámico de los procesos de democratización, pero concentra su análisis en los actores de la clase trabajadora únicamente (sindicatos y partidos laboristas/ de izquierda) con la intención de encontrar respuestas empíricas a las preguntas de Moore.

esta manera asegurar la continuidad del proceso de negociación con los grupos moderados pro democracia. En esta misma línea, para otros autores de la transitología, las élites no sólo son la única fuente del proceso de democratización, sino también las únicas que controlan su resultado. Mientras que para O'Donnell y Schmitter la política contenciosa favorece el avance de la liberalización de un régimen no democrático hacia una transición a la democracia, para los autores que contribuyeron en el volumen de Higley y Gunther (1992) cualquier tipo de movimiento social, protesta o huelga debe ser controlada y desmovilizada a fin de asegurar una democracia procedimental consolidada. Mientras que en la visión de O'Donnell y Schmitter la democratización es posibilitada por la división entre (autoritarias y democráticas) élites, en el análisis de Higley y Gunther es el consenso entre las élites negociadoras las que aseguran la consolidación. La transitología, por lo tanto, enfatiza la naturaleza contingente y dinámica del proceso democratizador, pero tiende a reducirlo a la negociación entre las élites políticas en un contexto de incertidumbre.

Dentro de la transitología, una mayor atención prestada a la sociedad civil en los procesos de democratización puede ser encontrada en el modelo de transición extendida de Linz y Stepan (1996), donde no sólo es importante el proceso intermedio de negociación en la liberalización/ transición, sino que también las características del previo régimen no democrático (autoritario, totalitario, posttotalitario, sultanístico), la forma en que las élites no democráticas dejan el poder estatal, las características históricas de los partidos políticos y las élites, y cuándo termina el clima de incertidumbre. Para estos autores, definida en contraste con la "sociedad política" (las élites y actores institucionalizados), es necesaria

una sociedad civil robusta, con la capacidad de generar alternativas políticas y monitorear al gobierno y el Estado [que] puede ayudar a que las transiciones comiencen, a resistir retrocesos, a empujar para que las transiciones sean completadas, y ayudar a consolidar y profundizar la democracia. En todas las etapas de la democratización, por tanto, una vital e independiente sociedad civil es invaluable (Linz y Stepan, 1996: 9).

No obstante reconocer teóricamente el rol de la sociedad civil, los autores no le dan suficiente espacio empírico en el estudio de los casos. Sin embargo reflexionan sobre la relación entre las características del previo régimen autoritario y las chances para la emergencia de movilizaciones pro democráticas (Linz y Stepan, 1996: cap. 3). Los regímenes totalitarios son aquellos en los que, por medio de la limitación del pluralismo, es casi imposible el desarrollo de organizaciones autónomas y redes que en el futuro pueden ser promotoras de democracia. Los regímenes sultanísticos, debido a la alta personalización del poder, hacen uso manipulador de la movilización con fines ceremoniales o por medio de grupos paraestatales, desincentivando y reprimiendo todo tipo de organización autónoma que pueda sostener redes de resistencia. Los regímenes autoritarios, principalmente cuando son instaurados en países con una experiencia previa (semi) democrática, son los que generalmente experimentan las más masivas movilizaciones y las mejor organizadas redes clandestinas de resistencia basadas en las varias redes que preexisten al régimen o que pudieron ser formadas luego gracias a mayores niveles de pluralismo. Linz y Stepan agregan otro tipo ideal de régimen, el posttotalitario, pero éste parecería ser más un paso intermedio en la democratización de los regímenes totalitarios que un tipo de régimen en sí mismo. Dos tipos de autoritarismo, no mencionados por los autores, son también importantes: a) autoritarismo-burocrático, cuando la tecnocracia cívico-militar comanda la

despolitización de la sociedad movilizada para lograr la acumulación de capital (O'Donnell, 1973), y b) el populismo-autoritario, donde las élites movilizan desde arriba a la sociedad para legitimar el régimen mientras incorporan a las clases bajas (cf. Hinnebusch, 2007). Mientras que algunos países sudamericanos y del Sudeste Asiático (Argentina, Brasil, Chile, Corea del Sur, Taiwán, etc.) eran burocrático-autoritarios; el modelo predominante en algunos de los países del Medio Oriente y el norte de África (Egipto, Argelia, etc.) es el populista-autoritario. Linz y Stepan plantean una interesante relación entre el tipo de régimen no democrático y el potencial para la emergencia de movimientos, protestas, huelgas y redes clandestinas de resistencia que anteceden la liberalización y acompañan la democratización. Estas ideas podrían ofrecer algunas explicaciones aún no completamente desarrolladas sobre las diferencias que tienden a aparecer en el grado y ritmo que adquiere la emergencia de la protesta en períodos de democratización⁷.

Linz y Stepan (1996: cap. 2) también destacan la necesidad de considerar múltiples simultáneas transiciones (por ej., simple, donde se produce sólo un cambio de régimen; dual, donde se produce un cambio de régimen junto con uno del sistema económico; triple, donde el cambio incluye también el de la composición del Estado-nación). En este sentido, no es sólo importante si el previo régimen fue autoritario o totalitario, pero también si fue capitalista o comunista (Stark y Bruszt, 1998). Adicionalmente, cuando es una triple transición, el problema de la construcción del Estado-nación aparece cuando los movimientos nacionalistas se movilizan en nombre de visiones en puja sobre cuál debería ser el *demos* de la futura democracia. Así, mientras que en la Unión Soviética (1991) la movilización regional llevó a la disolución de la unidad política, en España esto no se produjo. Los movimientos nacionalistas vascos y catalanes minaron la legitimidad del régimen de Francisco Franco, pero no fueron exitosos en lograr la independencia. En Checoslovaquia (1989-1992), por ejemplo, se experimentó una disolución pacífica de la unidad política junto con una transición hacia la democracia y el capitalismo. Estos cambios sólo pueden ser explicados a través de los roles jugados de forma interdependiente por las élites del régimen, las élites democráticas, los grupos movilizados y las presiones internacionales. La moderación versus la radicalización de los reclamos de autonomía/independencia han sido mencionados como elementos que favorecen o ponen en riesgo la transición hacia la democracia (entre otros, Oberschall, 2000; Glenn, 2003a; Reinares, 1987).

Si bien el enfoque dinámico de la transitología, focalizado en la agencia de los actores, permitió que se desarrollara un mayor interés por el rol jugado por los movimientos en la democratización (cf. Pagnucco, 1995), no se concentró en ellos. Junto con esta "tendencia elitista", otros supuestos de la transitología fueron criticados. Como Collier y Mahoney (1997) argumentan, la transitología tiende a enfatizar el rol de los individuos por sobre los colectivos, lo que reduce el proceso a un pensamiento estratégico instrumental, ignorando los actores definidos por su clase tales como los sindicatos y los partidos laboristas/de izquierda, y es estadocéntrica, subordinando los actores sociales a los actores estatales. Como dice Baker (1999), la transitología tiende a considerar los movimientos y los actores que protestan como manipulados por las élites y enfocados en propósitos definidos instrumentalmente⁸. Mientras que

⁷ En un inicial tratamiento parcial de este tema Ulfelder (2005: 326-327) argumenta que: 'Los patrones de autoridad, las negociaciones entre élites, y los intereses corporativos en los que diferentes tipos de autocracia se basan, hacen de estos régimen diferentes y más vulnerables a diversos tipos de desafíos públicos'.

⁸ Przeworski (1991: 57), por ejemplo, considera que los movimientos son importantes en la creación de las condiciones para la liberalización, pero son una herramienta de un proceso dirigido por las élites.

una inevitable y deseable “elitización” del proceso de democratización podría ser considerada como la “ley de hierro” de gran parte de los transitólogos, investigaciones desarrolladas por estudiosos de los nuevos movimientos sociales –y luego aquellos del proceso político– mostraron un importante interjuego entre las élites y los actores movilizados como la necesaria (pero no suficiente) condición de un proceso de democratización, cuestionando así la lógica de proceso élite-dirigido / élite-cerrado que previamente dominaba los estudios sobre la democratización. Un acuerdo general entre los estudiosos que han analizado procesos de democratización en una perspectiva no elitista es que ni siquiera el modelo de transición español puede ser considerado como uno de negociaciones bajo puro control de las élites. Masivas olas de huelgas, ataques terroristas por movimientos nacionalistas y un ascendente ciclo de protesta caracterizó la transición española (ver, entre otros, Foweraker, 1989; Maravall, 1978; 1982; McAdam *et al.*, 2001: 171-186; Reinares, 1987; Sánchez-Cuenca y Aguilar, 2009; Tarrow, 1995), siendo mejor definida como un proceso de desestabilización/liberación (Collier, 1999: 126-132) o como “...un ciclo de protesta entrelazado con uno de negociaciones entre élites” (McAdam *et al.*, 2001: 186). En suma, la transitología es acusada de ignorar el dinámico, contingente y contencioso proceso de largo plazo asociado con la creación de las condiciones para la quiebra de los regímenes no democráticos. La siguiente sección analizará este proceso.

Perspectivas de la democratización desde los estudios sobre los movimientos sociales

Con pocas excepciones (por ej., entre los latinoamericanistas), la literatura sobre movimientos sociales ha mostrado poco interés por los procesos de democratización (della Porta y Diani, 2006). Tan sólo recientemente el concepto de “política contenciosa” (*contentious politics*), como opuesto al de “política rutinaria” (*routine politics*), ha sido propuesto con el fin de vincular la investigación de fenómenos tales como movimientos sociales, revoluciones, olas de huelgas, nacionalización y democratización (McAdam *et al.*, 2001).

Incluso entre aquellos que coinciden en reconocer el importante rol de los movimientos sociales, no hay acuerdo en sus efectos negativos versus positivos de su intervención. Dos visiones contrapuestas sobre el rol jugado por los movimientos sociales en los procesos de democratización han sido identificadas (Tilly, 1993-4). Primero, “el enfoque populista de la democratización”, el que enfatiza la participación desde abajo, donde “los movimientos sociales contribuyen a la creación de un espacio público –un espacio social (...) en el cual deliberaciones trascendentales sobre temas públicos suceden– a la vez que algunas veces contribuyen con las transferencias estatales de poder” (Tilly, 1993-4: 1). Segundo, un enfoque “elitista” en el cual la democratización debe ser desde arriba hacia abajo, mientras que un exceso de movilización lleva a nuevas formas de autoritarismo debido a que las élites se atemorizan por los demasiados y muy veloces cambios. En este sentido, Charles Tilly enfatizó que –si bien no es lineal– existe

una amplia correspondencia entre la democratización y los movimientos sociales. Los movimientos sociales se originaron en la democratización parcial que puso a sujetos británicos y colonos norteamericanos contra sus gobernantes durante el siglo dieciocho. A través del siglo diecinueve los movimientos sociales florecieron y se expandieron donde más democratización estaba sucediendo y retrocedieron donde los regímenes

autoritarios cercenaron la democracia. Este patrón continuó durante los siglos veinte y veintiuno: el mapa de instituciones [democráticas] hechas y derechas y los movimientos sociales se superponen enormemente (Tilly, 2004: 125).

Mientras que la democratización favorece la emergencia de movimientos sociales por medio de la expansión de los derechos ciudadanos y la rendición de cuentas de las élites dirigentes, muchos, pero no todos los movimientos sociales, apoyan la democracia. Algunos movimientos rechazan la democracia de plano (como es el caso de los fascistas y neofascistas); otros tienen de alguna manera el no deseado efecto de producir retrocesos en los derechos civiles (como sucedió con algunos movimientos guerrilleros en América Latina, cf. Wickham-Crowley, 1992; Brockett, 2005). Algunas personas se movilizan contra procesos democráticos demandando soluciones autoritarias a las crisis políticas y económicas, proveyendo a los actores no democráticos de una fuente popular de legitimidad (por ej., las protestas de las mujeres de clase media contra el gobierno de Salvador Allende en Chile), y algunos actores persiguen restricciones a derechos democráticos en regímenes democráticos (por ej., los movimientos antiinmigrantes y xenofóbicos en Europa)⁹. Las políticas de identidad, como en el caso de los conflictos étnicos, frecuentemente desencadenan guerras religiosas y violencia racial (Eder, 2003). En otros casos, movimientos tratando de promover la democratización pueden llegar a producir como consecuencia no deseada un incremento en la represión estatal, o facilitar la emergencia de actores no democráticos (por ej., el colapso de la República de Weimar en Alemania).

En muchos casos, sin embargo, puede encontrarse una correspondencia entre movimientos sociales y promoción de la democracia. Presionando por la expansión del sufragio o el reconocimiento de los derechos de asociación, muchos movimientos contribuyeron a la democratización. Como Amenta y Caren (2004: 265) argumentan, “las conquistas en los procesos estatales de democratización son tal vez las más importantes en las que los movimientos sociales pueden tener influencia y en las que tienen los mayores impactos sistémicos”. Por lo tanto, una incompleta pero relevante correspondencia entre los procesos que promueven la democratización y los movimientos sociales ha sido explicada de la siguiente manera: “Primero, muchos de los mismos procesos que causan la democratización también independientemente promueven a los movimientos sociales. Segundo, la democratización como tal empuja a la gente a formar movimientos sociales. Tercero, bajo ciertas condiciones y de una forma más limitada, los movimientos sociales promueven la democratización” (Tilly, 2004b: 131).

Acordamos que los movimientos sociales contribuyen a la democratización sólo ante ciertas condiciones. La movilización colectiva ha creado muchas veces las condiciones para la desestabilización de los regímenes autoritarios, pero también puede conducir a la intensificación de la represión o al colapso de un régimen democrático débil, especialmente cuando los movimientos sociales no se circunscriben a concepciones democráticas. Mientras que los movimientos de estudiantes, trabajadores y étnicos llevaron a la crisis del régimen de Franco en España en las décadas de 1960 y 1970, el movimiento de trabajadores y el de campesinos así como el movimiento fascista contribuyeron al fracaso del proceso de democratización de Italia en las décadas de 1920 y 1930 (Tarrow, 1995).

⁹ Sobre movimientos no-democráticos en América Latina, ver Payne (2000); en Europa Occidental, Klandermans y Mayer (2005).

Como la relación entre movimientos sociales y democratización no es simple, la principal pregunta para los estudiosos de los movimientos sociales ha sido: *¿Cuándo y cómo los movimientos sociales promueven la democratización?* Dos principales enfoques en los estudios sobre los movimientos sociales han intentado responder a esta pregunta: el de los nuevos movimientos sociales, y el del proceso político. Comenzaremos con una breve revisión de estas perspectivas y luego analizaremos el rol de los movimientos sociales en cada etapa de la democratización.

La literatura sobre movimientos sociales ha estado mayormente focalizada a las experiencias de Europa Occidental y Estados Unidos y sólo recientemente comenzó a prestar atención sistemática a las relaciones entre movimientos sociales y democratización. En Europa el enfoque de los nuevos movimientos sociales observa la emergencia de un nuevo actor en la sociedad postindustrial. Alain Touraine (1981), el más prominente exponente de esta perspectiva, argumenta que el conflicto entre capital y trabajo ha sido superado por un nuevo conflicto relacionado con la autorrepresentación de la sociedad y sobre los tipos de acción vinculados con su transformación. Por lo tanto, los nuevos conflictos se desarrollarían por fuera de la fábrica, mientras que las luchas obreras por tomar el poder estatal han sido abandonadas por los movimientos de mujeres, estudiantiles y ecologistas de Europa Occidental.

A pesar de haber sido pensado para explicar un fenómeno muy diferente, el enfoque de los nuevos movimientos sociales fue ampliamente aplicado en las transiciones latinoamericanas de las décadas de 1980 y 1990, enfatizando la democratización cultural y social producida por los movimientos, decentrando al Estado como el principal interlocutor (Slater, 1985; Jelin, 1987; Escobar y Álvarez, 1992), lo que finalmente llevó a algunos de estos autores a ignorar la interacción entre élites y movimientos como un elemento crucial de la democratización (por ej., ver Arato, 1981).

Mientras el interés por los procesos de democratización en América Latina y el enfoque de los nuevos movimientos sociales decrecían, el enfoque del proceso político fue convirtiéndose en más relevante en el estudio de las transformaciones de régimen como resultado de la emergencia de nuevas democracias en Europa Oriental y en la exUnión Soviética. Desarrollado inicialmente en los Estados Unidos, pero rápidamente adoptado en Europa, el enfoque del proceso político dedica mucho más sistemática atención al contexto institucional que la dada por la perspectiva de los nuevos movimientos sociales, destacando la interrelación entre actores gubernamentales, partidos políticos, movimientos sociales y protesta. Intentando dilucidar qué favorece la emergencia de la beligerancia y movilización en las democracias liberales, los estudiosos enmarcados en esta perspectiva han propuesto una relación curvilínea entre la emergencia de la protesta y la apertura de las oportunidades políticas (Eisinger, 1973). Recientemente, sin embargo, algunos académicos norteamericanos dentro de este enfoque propusieron una reformulación de la transitología, tomando en consideración el rol jugado por la política contenciosa (McAdam *et al.*, 2001; Schock, 2005; Tilly, 2004b).

Aun siendo cierto que los movimientos sociales no son necesariamente promotores de la democracia, el modelo dinámico elitista, sin embargo, no logra completamente explicar el proceso de democratización. Los movimientos sociales juegan diferentes roles en cada etapa específica del proceso de democratización. El Cuadro 1 muestra cómo varía el rol de los movimientos sociales y de otros actores contenciosos en las diferentes etapas del proceso de democratización. El resto de este artículo ilustrará este punto con casos empíricos.

CUADRO 1

Rol jugado por los movimientos sociales, sindicatos y la política contenciosa en las etapas del proceso de democratización

Etapa	Rol de los movimientos sociales	Ejemplos
Resistencia	<ul style="list-style-type: none"> ♣ Redes clandestinas de resistencia y cooperación entre activistas. ♣ Campañas internacionales de deslegitimación y denuncia de violaciones a los derechos humanos. 	Movimientos de derechos humanos y redes transnacionales de activistas Movimiento antiapartheid Redes basadas en las iglesias
Liberalización	<ul style="list-style-type: none"> ♣ Promotores de la expansión de la transición hacia una democracia procedural, o la resistencia a este proceso. ♣ Ensayo de (nuevas) prácticas democráticas ([re] democratización cultural). 	Huelgas sindicales Movimientos religiosos Movimientos urbanos Contramovimientos dirigidos o controlados por militares
Transición	<ul style="list-style-type: none"> ♣ Movilización entrelazada con pactos entre élites: reclamos por justicia y la eliminación de los poderes reservados que limitan la emergente democracia, o apoyo a las élites autoritarias. 	Movimientos de derechos humanos Movimientos de mujeres Huelgas sindicales Redes de solidaridad de derecha
Consolidación	<ul style="list-style-type: none"> ♣ Los movimientos introducen demandas por una consolidada e inclusiva democracia sustancial, o reclamos por la recuperación del perdido "orden" por medio de una limitación de los derechos políticos o sociales. 	Movimientos de reforma agraria Movimientos indígenas Movimientos por el empleo Movimientos antiinmigrantes Protestas por seguridad
Expansión	<ul style="list-style-type: none"> ♣ Campañas por la democratización de las organizaciones intergubernamentales internacionales. ♣ Ensayos de democracia postrepresentativa a nivel local o nacional. 	Movimientos por la justicia global

Resistencia a regímenes no-democráticos

La democratización como proceso comienza mucho antes de lo que la transitología considera. Las élites comienzan un proceso de negociaciones porque algo sucede que los empuja a algunos de ellos a dejar de apoyar al régimen no democrático.

La democratización está, en general, vinculada a dos dinámicas contenciosas: a) un ciclo pro democrático de protestas, y b) una creciente y masiva ola de protestas no sindicales (cf. Foweraker y Landman, 1997; Collier, 1999; McAdam *et al.*, 2001, etc.). Si "Las transiciones democráticas expresan una gran variedad de trayectorias y resultados. El rol de los movimientos sociales en las transiciones está condicionado por el ritmo específico del 'ciclo de protesta', la forma de la estructura de la oportunidad política, y la contingencia de las decisiones estratégicas" (Foweraker, 1995: 90, n. 2). En España, Brasil y Perú, por ejemplo, las olas de huelgas fueron muy importantes durante todo o parte del proceso de democratización (Maravall, 1982; Sandoval,

1998; Collier, 1999). Mientras que en Perú la democratización está en gran medida asociada a una ola de huelgas (1977-1980) contra un gobierno autoritario crecientemente impopular (Collier, 1999: 115-119), Brasil experimentó una ola de huelgas (1974-1979), seguida por un ciclo de protesta (1978-1982) mayormente impulsado por movimientos urbanos (Mainwaring, 1987). Mientras algunas veces los ciclos de protesta y las olas de huelgas convergen, en muchas otras las olas de huelgas son más fuertes en la primera etapa de resistencia, luego declinan, y más tarde reemergen durante la liberalización y transición en coordinación con el pico de un ciclo de protesta originado por redes clandestinas de resistencia.

Más allá de la relevancia de estos procesos contenciosos, una de las primeras causas que minan la legitimidad y el apoyo nacional e internacional al régimen es el rol jugado por las *redes clandestinas de resistencia*. Los estudiosos de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos (Jelin, 1987; Corradi *et al.*, 1992; Escobar y Álvarez, 1992) fueron los primeros en prestar atención al rol de la resistencia cultural y política a los régimes autoritarios y la construcción de redes democráticas alternativas. Los movimientos de derechos humanos, los sindicatos, y las iglesias promueven la deslegitimación de los régimes autoritarios en foros internacionales como las Naciones Unidas, y en clandestinas o abiertas acciones de resistencia a nivel nacional. La capacidad de recuperación de las redes ante el impacto de la represión juega un rol decisivo en esta etapa ya que puede llevar a divisiones en la élites autoritarias/ totalitarias e incluso forzar a que comiencen la liberalización inicialmente mal predispostas élites (Schock, 2005).

En los países con una mayoritaria población católica, la Iglesia jugó un rol importante. Mientras las altas jerarquías de la Iglesia fueron frecuentemente parte de los “poderes fácticos” que apoyaron a los régimes autoritarios, en algunos países, actores relacionados a la Iglesia jugaron un rol pro democrático. Este fue el caso de la Vicaría de la Solidaridad en Chile, la que condenó la represión, persecución y asesinatos ordenados por Augusto Pinochet, mientras ayudaron a coordinar sindicatos, partidos y activistas de base para organizar protestas contra el régimen en la década de 1980 (Lowden, 1996). En Brasil, con la incorporación de la teología de la liberación, la Iglesia ayudó a crear espacios de empoderamiento por medio de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) (Burdick, 1992; Levine y Mainwaring, 2001). El rol jugado por las CEB fue central en la lucha por la democratización, y grupos católicos fueron agentes de una coalición pro democrática con los sindicatos y los movimientos urbanos. De forma similar, en el País Vasco, el clero local apoyó a la oposición antifranquista, ayudando a preservar el idioma vasco (della Porta y Mattina, 1986). Y en Polonia una coalición pro democrática desarrolló una alianza entre la Iglesia Católica y el sindicato Solidaridad, la que demostró ser muy importante como núcleo de la red de resistencia que ayudó a crear los recursos necesarios para las masivas movilizaciones durante las etapas de liberalización y transición (Glenn, 2003a; Osa, 2003).

En otros países, tales como la Argentina, mientras la Iglesia Católica jugaba el rol de apoyo circunstancial, y en algunos casos se convertía en un activo participante del terrorismo de Estado (Mignone, 1988; Verbitsky, 2005), las redes cívicas fueron las que jugaron el rol de deslegitimación del régimen (Wright, 2007). Las Madres de Plaza de Mayo, el Servicio de Paz y Justicia, y la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, entre otras organizaciones del movimiento de derechos humanos, en coordinación con redes transnacionales de activistas en derechos humanos iniciaron

campañas nacionales y trascnacionales por “verdad y justicia” a fin de saber sobre el destino de los entre 8.000 y 30.000 “desaparecidos” secuestrados y asesinados por las Fuerzas Armadas. Por medio del “identificar y denunciar”, las organizaciones de movimientos sociales contribuyeron a dañar la imagen del régimen autoritario en foros internacionales como en el de las Naciones Unidas y el de la Organización de Estados Americanos (Brysk, 1993; Brito, 1997; Sikkink, 1996; Keck y Sikkink, 1998, capítulo 3). A pesar de que los regímenes autoritarios están cerrados a cualquier tipo de oposición, Keck y Sikkink mostraron que se desarrolla un “patrón boomerang” cuando las redes de derechos humanos sensibilizan a terceros países y organizaciones intergubernamentales para generar presión política sobre un régimen autoritario:

Los gobiernos son los principales “garantes” de los derechos, pero también son sus principales violadores. Cuando los gobiernos violan o se niegan a reconocer derechos, los individuos y grupos locales frecuentemente no tienen derechos dentro de la política y arena judicial doméstica. Esto los hace buscar conexiones internacionales para finalmente expresar sus preocupaciones e incluso para proteger sus vidas.

Cuando los canales entre el Estado y los actores locales están bloqueados, puede ocurrir el patrón boomerang de influencia que caracteriza a las redes internacionales: las ONGs locales evitan a sus Estados y directamente buscan aliados internacionales tratando de aunar presiones externas contra sus estados (Keck y Sikkink, 1998: 12).

La resistencia contra los regímenes autoritarios también se desarrolló dentro de grupos culturales no religiosos. En la República Checa la principal organización en el movimiento de democratización fue el Foro Cívico, el cual emergió de la acción de una red de artistas y teatros que buscaban construir un espacio de autonomía y expresión luego de haber sufrido una fuerte ola de represión contra protestas estudiantiles (Glenn, 2003a)¹⁰.

En particular durante la etapa de resistencia, el movimiento obrero y sus aliados pueden ser efectivos promotores de valores y principios democráticos que erosionan a los regímenes democráticos y establecen las condiciones para que la liberalización suceda. Especialmente en América Latina y el Sur de Europa, las organizaciones de trabajadores así como otros movimientos sociales muchas veces establecieron fuertes vínculos con organizaciones políticas de izquierda. En un trabajo comparativo sobre movimientos de mujeres en el Sur de Europa, della Porta *et al.* (en prensa) destacaron el rol jugado por las organizaciones de mujeres en la resistencia a regímenes fascistas, así como el efecto que esta alianza tuvo con las características del movimiento de mujeres en otros países. Bajo los regímenes autoritarios los movimientos sociales tendieron a estar subordinados a sus aliados políticos, y la lucha contra las dictaduras prevaleció sobre otros objetivos. En Italia el predominio de las fuerzas socialistas y comunistas durante la resistencia al fascismo condujo al alineamiento de los reclamos emergentes con el de la izquierda, teniendo los “otros” movimientos que aceptar el liderazgo y el actor político definido por la izquierda: los obreros. Los así llamados feminismos liberal-burgueses eran en cambio débiles.

La lucha contra el fascismo representó una importante experiencia para muchas mujeres italianas: “Si el fascismo había restringido a la mujer a una marginal, limitada,

¹⁰ Ver Boudreau (2004) por una interesante investigación sobre el rol jugado por los movimientos de resistencia y la represión estatal en las luchas por la democratización en los regímenes autoritarios de Ne Win (1958-1981) en Birmania, Ferdinand Marcos (1965-1986) en las Filipinas y Thoib (Raden) Suharto (1967-1998) en Indonesia.

pasiva existencia como hacedoras de bebés, el frente democrático antifascista creó un nuevo y activo modelo de mujer" (Hellman, 1987: 32-33). En 1943, los Grupos para la Defensa de las Mujeres y la Ayuda a los Voluntarios de la Libertad formaron parte de la Resistencia (Beckwith, 1985: 22). Estas unidades, dependientes del multipartidario Comité Nacional para la Liberación, estaban a cargo de la provisión de comida y armas, así como de la asistencia a los partisanos heridos y sus familias. A pesar de que tan sólo unas más o menos 70.000 mujeres que participaron en la Resistencia tomaron realmente las armas contra el fascismo, su rol de apoyo fue esencial. Similarmente el feminismo se desarrolló en la España autoritaria en el marco de la oposición a la dictadura. Las feministas fueron muy activas en la política general y el trabajo sindical clandestino, así como en temas de igualdad de género. En Grecia, durante los comienzos de la década de 1960, nuevos esfuerzos organizativos llevaron a la reemergencia de un militante movimiento de mujeres como un ala de la lucha popular por cambios sociales radicales. La muy organizada Unión de Mujeres Panhelénicas fue formada por mujeres que fueron activas participantes de la resistencia nacional y miembros del Partido Comunista Griego. Finalmente, un Comité Coordinador de Mujeres Trabajadoras fue organizado por mujeres comunistas y de otros sectores progresistas.

Liberalización y el aumento de la movilización

La democratización requiere de la aceleración de ciertas dinámicas para que ocurra. Esto produce la percepción entre las élites autoritarias de que no hay otra opción más que abrir el régimen si quieren evitar una inminente o potencial guerra civil o toma violenta del poder por actores democráticos y/o revolucionarios. Este fue el caso de la fallida revolución socialista cívico-militar de Portugal en 1974 que dio inicio a una transición hacia un régimen democrático (aunque capitalista); así como el efecto que produjo la prolongada insurgencia en El Salvador (1994) y en Sudáfrica (1994) (Wood, 2000). La intensidad de las protestas y huelgas juega un rol crucial en la definición de las oportunidades que las élites del régimen tienen de llevar adelante una larga y controlada transición o una corta ruptura y pérdida del control que estas élites tienen del Estado.

Durante la etapa de liberación, la sociedad organizada (re)emerge públicamente en una forma mucho más visible luego de eliminar algunas de las restricciones en lo que fue llamada la "resurrección de la sociedad civil" (O'Donnell y Schmitter, 1986). Durante esta etapa los movimientos pueden promover la expansión de la transición hacia una efectiva democracia, o resistir el proceso de democratización. De hecho, los sindicatos, los partidos laboristas/de izquierda y los movimientos urbanos, mayormente en los barrios pobres y los distritos industriales, han sido presentados como actores centrales en la búsqueda de la democracia (Slater, 1985; Collier, 1999; Silver, 2003). En Chile, los movimientos de pobres urbanos organizados por miembros del Partido Comunista en Santiago fueron uno de los principales promotores del ciclo de protesta 1983-1987 que –si bien no resultó totalmente efectivo– le dejó a Augusto Pinochet en claro que alguna fuente de legitimidad era necesaria para continuar en el gobierno, conduciéndolo a iniciar una controlada transición (Schneider, 1992; 1995; Hipsher, 1998a). En el sur de Europa las organizaciones de mujeres ejercieron una presión "desde abajo" durante las fases de liberalización, empujando al régimen hacia una apertura. En los cuatro países del sur de Europa las pocas organizaciones de mujeres que fueron toleradas por los regímenes autoritarios proveyeron de los

recursos organizacionales para que redes informales de oposición se pudieran desarrollar. En particular en España, durante la ola de protestas populares que acompañaron a la liberalización del franquismo, las mujeres fueron parte de una suerte de “resurrección de la sociedad civil”. En la lucha contra los regímenes fascistas algunas de las organizaciones de mujeres fueron influenciadas por los marcos dominantes que enfatizaban los derechos civiles y políticos, participando en las luchas generales por la liberación.

En algunas ocasiones, durante la fase de liberación, un “efecto boomerang” es producido por la alianza de movimientos sociales con actores transnacionales a fin de promover una transición y mejorar la calidad del proceso de democratización. En América Latina, así como en Europa Oriental, estas alianzas resultaron ser cruciales para empujar la liberalización del régimen como una forma de distender la conflictividad social hacia una efectiva transición hacia la democracia procedural (Keck y Sikkink, 1998; Glenn, 2003a).

Transición hacia la democracia procedural

Durante la transición a la democracia, los movimientos sociales suelen buscar la democratización, justicia social y la eliminación de los poderes reservados que limitan la emergencia de la democracia. A pesar de que las oportunidades políticas para la movilización se abren debido a la gran incertidumbre que caracteriza a esta etapa, nada está definido aún, y los ciclos de protestas pueden empujar hacia direcciones contradictorias. De hecho, “la movilización refuerza la capacidad de aspirantes y élites para hacer reclamos, mientras que también limita la variedad de resultados aceptables debido a la naturaleza condicional del apoyo popular” (Glenn, 2003a: 104). Viejos (de trabajadores, étnicos) y nuevos (de mujeres, urbanos) movimientos participan en largas coaliciones reclamando por derechos democráticos (Jelin, 1987; Tarrow, 1995; della Porta *et al.* en prensa).

En términos generales, la etapa de la transición está caracterizada por la movilización de una coalición pro democrática de sindicatos, iglesias y movimientos sociales. Sin esta coalición la democracia generalmente no es lograda porque los contramovimientos que rechazan la transición es muy probable que pujen por una restauración del régimen autoritario / totalitario. Algunas redes de derecha o militares también resisten la transición o intentan lograr una caída violenta de la democracia. Esto es ejemplificado por el grupo militar carapintada en Argentina que en 1987, 1988 y 1990 intentó dar fin a los juicios contra militares que habían torturado y asesinado durante el régimen autoritario de 1976-1983 (Payne, 2000, cap. 3). En otros casos la reacción viene de la alta burocracia del régimen, con un incremento de la represión, como es el caso del aplastamiento de los movimientos estudiantiles chinos en 1989, o los pedidos de apoyo externo para controlar la situación en Polonia en 1981 (Ekiert y Kubik, 1991; Zhao, 2000).

La dinámica de negociación entre las élites y la creciente radicalización de la movilización callejera intensifica la relación entre élites y movimientos (Casper y Taylor, 1996: 9-10). Glenn (2003a: 104) argumenta que la lógica de la transición es múltiple: a) las movilizaciones afectan a las negociaciones de élites: introducen nuevos actores a la arena política, alteran las relaciones de poder entre las partes contendientes e insertan nuevas demandas en el proceso de redefinición del curso de los acontecimientos; y b) las negociaciones de élites afectan las movilizaciones: el proceso

de negociaciones mismo cambia el grado de apertura de las oportunidades políticas para los movimientos al modificar los reclamos y los interlocutores aceptables en el proceso.

El momento en que la sociedad es desmovilizada, y la política es canalizada dentro de la política de los partidos, es considerada por la transitología como el final del período de transición. Este resultado, sin embargo, es sólo uno de los tantos posibles en las transiciones reales. Mientras que en la Argentina, Bolivia y la región Andina la desmovilización no ocurrió luego de la transición, en países como Uruguay y Chile la política fue velozmente institucionalizada dentro del sistema de partidos (Canel, 1992; Schneider, 1992; Hipsher, 1998a). A pesar de no haber sido completamente estudiada, la desmovilización no parecería ser esencial para la consolidación, la que dependería en cambio de la presencia de un relativamente institucionalizado sistema de partidos en Estados centralizados y fuertes, con partidos que históricamente han monopolizado el proceso de toma de decisiones y que no fueron completamente disueltos por el régimen autoritario (Rossi, 2006: 262). Más aún, Karatnycky y Ackerman (2005) argumentan que mantener a las élites bajo continua presión popular luego de la transición puede ser una fuente central para que suceda una exitosa consolidación.

Sin dudas, las organizaciones de movimientos sociales movilizadas durante la liberalización y transición no se disuelven totalmente. Tan pronto como las instituciones de la democracia representativa comienzan a funcionar muchos activistas se dedican a la construcción de organizaciones que son capaces de interactuar con estas instituciones. En el sur de Europa, las mujeres que se habían movilizado en la lucha por la democracia, participaron en la construcción de nuevas instituciones. A pesar de que la necesidad de construir instituciones democráticas reduce el espacio para la constitución de movimientos de mujeres autónomos, las organizaciones de mujeres organizadas emergieron y reemergieron. Es cierto que las mismas características que ayudaron a los movimientos durante la liberalización y transición (una informal y flexible estructura organizacional, un énfasis en la organización de la sociedad contra el Estado, un foco en la unificación de varios objetivos hacia la lucha contra el antiguo régimen) pueden poner en peligro su capacidad de adaptarse a la democracia política. Sin embargo, los movimientos sociales no desaparecen. En los países del sur de Europa la democratización ayudó a que florezca un gran número de organizaciones de mujeres, con diferentes estructuras organizacionales, objetivos políticos y culturales, y una propensión a usar la protesta como forma de acción. De hecho, el movimiento de mujeres de la década de 1990 en el sur de Europa resulta mucho más similar al que se encuentra en el resto de las democracias occidentales, que el que existía en la década de 1980. En particular en España, Portugal y Grecia, el movimiento de mujeres parecería que ha “salteado” la fase que en otras democracias occidentales ha caracterizado a la construcción de una nueva identidad feminista con el fin de estar listo para jugar algún rol en democracias consolidadas por medio de diversas formas de participación política, tanto rutinarias como contenciosas.

Las características del previo régimen así como el específico camino de la transición parecería que tienen un impacto en la capacidad de las organizaciones de movimientos sociales para adaptarse a los procesos de democratización. Por ejemplo, la desmovilización fue particularmente dura en Portugal, dónde la consolidación democrática fue más difícil, complicada por el involucramiento de los militares en una insurgencia masiva que, sin embargo, no fue la expresión de un fuerte y bien

organizado movimiento social. Por el contrario, el análisis de los movimientos de mujeres parecería indicar que un régimen autoritario de larga duración, con una población sin una previa experiencia de democracia de masas y una tímida liberalización en la década de 1970 habría destruido a la sociedad organizada al punto de que el Estado democrático debe activamente intervenir para construir asociaciones cívicas (della Porta *et al.* en prensa). La reconstrucción de la participación cívica parecería que ha sido más fácil en España, donde los movimientos sociales se habían desarrollado en las décadas de 1960 y 1970, presionando por aprovechar la liberalización del régimen. En Grecia como en Italia, con relativamente más cortos regímenes autoritarios, el núcleo de las futuras organizaciones de movimientos sociales fue construido en el muy bien organizado sector armado de la Resistencia, a pesar de que en Italia la represión al movimiento obrero en la década de 1950 llevó a la desmovilización de los movimientos.

La presencia de una tradición de movilización, así como movimientos que son apoyados por partidos políticos, sindicatos e instituciones religiosas pueden facilitar el mantenimiento de altos niveles de protesta, como pasó con la promoción que el Partido Comunista hizo de las protestas de pobladores de barrios pobres en Chile (Hipscher, 1998a; b; Schneider, 1992; 1995); el Partido de los Trabajadores y una parte de la Iglesia Católica con los movimientos rurales y los sindicatos en Brasil (Branford y Rocha, 2002; Burdik, 2004); o el movimiento medioambiental en Europa Oriental (Flam, 2001) son ilustrativos de esto.

El rol de las organizaciones de movimientos sociales y las ONGs ha sido especialmente destacado en la última ola de democratización. En particular, desde finales de la década de 1980, la transición en Europa Oriental llevó a un nuevo paradigma de democratización política y de las políticas públicas. La principal idea es la de que la democracia necesita una colección de organizaciones sociales activas cívicamente, preferiblemente con alguna autonomía del Estado. En los recientes procesos de democratización en Europa Oriental la disponibilidad de fondos públicos y privados para ONGs contribuyó a la veloz institucionalización de las organizaciones de los movimientos sociales, mientras que la debilidad de la sociedad civil es frecuentemente un estigma (Flam, 2001).

Consolidación de una procedural (¿o sustancial?) democracia

En la literatura de la ciencia política, la consolidación está generalmente asociada con el cierre del proceso de democratización por las primeras abiertas y libres elecciones, el fin del período de incertidumbre y/o la implementación de un mínimo de calidad sustancial de la democracia (Linz y Stepan, 1996; O'Donnell, 1993; 1994). La democracia, sin embargo, no puede ser considerada como consolidada sin una efectiva aplicación universal de los derechos ciudadanos, los que trascienden el derecho a votar. En esta etapa, los movimientos en muchos países luchan por los derechos de aquellos que fueron excluidos de "democracias de baja intensidad" y reclaman una democracia más inclusiva (por ej., reforma agraria, trabajo, derechos de las mujeres y de los pueblos originarios) y el fin de los legados autoritarios (Eckstein, 2001; Hite y Cesarini, 2004; della Porta *et al.* en prensa). Los reclamos de los movimientos enmarcados en el nombre de "derechos", "ciudadanía", y sus prácticas, juegan un rol central en la creación de la ciudadanía (Foweraker y Landman, 1997; Eckstein y Wickham-Crowley, 2003). Como observó Foweraker (1995: 98), "La lucha

por derechos tiene un impacto mucho más que retórico. La insistencia en el reclamo de derechos a la libre expresión y reunión son una precondición para el tipo de colectivo (y democrático) proceso de toma de decisiones que educa ciudadanos". En pocas palabras, los movimientos sociales generalmente producen impactos de largo plazo que no son únicamente institucionales, sino que son también culturales y sociales. Estas transformaciones se desarrollan por medio de las prácticas y valores alternativos de los movimientos que muchas veces ayudan a sostener y expandir la democracia (Rossi, 2005; Santos, 2005). Más aún, las redes de los movimientos juegan un importante rol en la movilización contra los persistentes patrones de exclusión y los legados autoritarios (Hagopian, 1990; Yashar, 2005).

Expansión a la democracia postrepresentativa

Finalmente, los movimientos sociales a veces juegan importantes roles en la expansión de la democracia (una etapa del proceso de democratización aún no completamente estudiada), encarando tanto las reformas democráticas del sistema internacional de gobierno (*governance*) como, en el plano nacional, la superación de la democracia representativa por medio de experimentos de democracia participativa y deliberativa (Baiocchi, 2005; Santos, 2005). Hay al menos dos principales perspectivas en este tema. Primero, la de la sociedad civil global (Kaldor 2003; Keane 2003) que enfatiza el rol jugado por una sociedad civil mundial organizada en la democratización a escala supranacional, ubicada entre el Estado y el mercado (Cohen y Arato, 1992). Segundo, la investigación sobre el movimiento de justicia global (della Porta y Tarrow, 2005) y el análisis de las redes transnacionales de activistas (Keck y Sikkink, 1998) notan el rol jugado por los grupos de lucha por los derechos humanos, indígenas, mujeres y alterglobalización en la promoción y expansión de los regímenes nacionales democráticos, así como la reformulación de los no muy democráticos procedimientos de las organizaciones intergubernamentales internacionales, tales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. En el caso del movimiento por la justicia global, las propuestas de reforma están especialmente orientadas hacia la expansión de la transparencia en el proceso de toma de decisiones en las organizaciones intergubernamentales internacionales, crecientes controles sobre los parlamentos nacionales, así como la apertura de canales de acceso institucional para las organizaciones de movimientos sociales (della Porta, 2005).

Conclusión

Hemos argumentado que los movimientos sociales han jugado un pequeño rol en la investigación sobre democratización. Las teorías de la modernización le han prestado poca atención a la agencia en general y a los movimientos sociales en particular, enfocándose en las condiciones económicas para la estabilidad democrática. Otros investigadores se han concentrado en las clases sociales que lideran los procesos de democratización, prestando sin embargo más atención a las condiciones estructurales que a la movilización de estas clases. El estudio dinámico de la democratización ha considerado a los movimientos sociales como actores de corta vida relevantes en la etapa de liberalización únicamente, enfocando la investigación en los actores institucionales especialmente cuando estudian las etapas de transición y consolidación. No obstante algunos autores mencionan a una "robusta

sociedad civil" como facilitando el proceso de democratización, los enfoques transitológicos han prestado tradicionalmente poca atención empírica a sus características y desarrollo. Por su parte, hasta recientemente los estudios sobre movimientos sociales han tendido a enfocarse en las democracias avanzadas, manteniéndose ampliamente desinteresados tanto por los movimientos sociales en regímenes autoritarios, como por los movimientos sociales en procesos de democratización. Esto es una pena porque los ciclos de protesta y las olas de huelgas juegan un importante rol en los procesos de democratización. La investigación existente indica que el rol de los movimientos sociales tiende a variar en las diferentes etapas de la democratización:

- a) Las redes clandestinas de resistencia minan los apoyos internos e internacionales de los regímenes autoritarios;
- b) La intensidad de las protestas pueden acelerar los procesos de liberalización;
- c) Los movimientos sociales son frecuentemente importantes aliados de los partidos políticos y otros actores colectivos en coaliciones pro democráticas durante la fase de transición;
- d) También durante y luego de la consolidación democrática, prácticas alternativas de la democracia son ejercitadas en los movimientos sociales, las que podrían promover una procedural y/o sustancial expansión de la democracia.

Podríamos concluir observando que, no obstante cumplir un importante rol en la promoción de la democracia, los movimientos sociales no siempre han sido efectivos. En 1984 en Brasil, la gran campaña de movilización por la reformulación del sistema electoral y la inclusión de elecciones directas llamada *"Diretas Já"* no tuvo impacto en las élites autoritarias. Este caso y otros, como el de las protestas estudiantiles de China en 1989, muestran cómo la sola movilización por la democracia no produce la democratización¹¹. Una combinación de varios factores es necesaria para que una efectiva democratización se realice.

La principal razón para combinar perspectivas desde arriba y desde abajo es de hecho que "El 'modo en que se produce la transición', el contexto del proceso de democratización, los tipos de actores involucrados en el proceso, y sus estratégicas interacciones, todas influencian el tipo de democracia que es establecida" (Pagnucco, 1995: 151). La literatura revisada en este artículo parecería indicar que la siguiente combinación de elementos produce el escenario más favorable para la democratización:

- a) Una ola de huelgas no sindicales y/o un ciclo de protesta pro democracia;
- b) Una creciente organización política en las áreas urbanas y una relativamente densa red de resistencia;
- c) En los países de mayoría poblacional católica, una Iglesia que está activamente involucrada en las luchas por la democratización;
- d) Presiones internacionales de las redes de activistas en derechos humanos;
- e) La existencia de una división entre las élites autoritarias/ totalitarias sobre si deberían continuar con el régimen no democrático; y

¹¹ Esta compleja relación ha sido extensamente estudiada en los últimos trabajos de Tilly (2001; 2004a; b; 2007).

- f) La existencia de élites pro democráticas capaces de integrar las diversas demandas por democracia que provienen desde abajo (al menos hasta que la transición está bastante avanzada).

Existen también configuraciones de elementos que pueden influenciar negativamente en la democratización. Dificultades emergen cuando la transición debe lidiar con movimientos que simultáneamente disputan la independencia de naciones y alternativas visiones excluyentes del *demos*; y cuando ataques terroristas y/o movimientos guerrilleros se desarrollan durante el proceso de democratización rechazando la democracia como un plausible resultado inmediato. Estos dos elementos no hacen la democratización imposible, pero pueden ponerla ante el riesgo de nunca consolidarse o de sólo producir una limitada liberalización del autoritarismo.

Claramente, mucho más trabajo de comparación sistemática es necesario a fin de especificar y testear estas hipótesis. Si bien no hay una respuesta única y cerrada, la acumulación de importantes investigaciones sobre las democratizaciones del siglo XXI puede, sin embargo, expandir nuestra comprensión del *dinámico, contingente y contencioso* proceso de formación de caminos alternativos hacia las democracias.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACEMOGLU, D. y ROBINSON, J. (2006): *Economic Origins of Dictatorship and Democracy* (Cambridge, Cambridge University Press).
- AMENTA, E. y NEAL, C. (2004): "The Legislative, Organizational, and Beneficiary Consequences of State Oriented Challengers", en SNOW, D., SOULE, S. y KRIESI, H. (eds.): *The Blackwell Companion to Social Movements* (Oxford, Blackwell) 461-488.
- AMINZADE, R., GOLDSTONE, J., MCADAM, D., PERRY, E., SEWELL, W., TARROW, S. y TILLY, C. (eds.) (2001): *Silence and voice in the study of contentious politics* (Nueva York, Cambridge University Press).
- ARATO, A. (1981): "Civil Society against the State: Poland 1980-81", *Telos*, 42: 23-47.
- AVRITZER, L. (2009): *Participatory Institutions in Democratic Brazil* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press).
- BAKER, G. (1999): "The Taming Idea of Civil Society", *Democratization*, 6/3: 1-29.
- BAIOCCHI, G. (2005): *Militants and Citizens: The Politics of Participatory Democracy in Porto Alegre* (Stanford, Stanford University Press).
- BECKWITH, K. (1985): "Feminism and Leftist Politics in Italy: The Case of UDI-PCI Relationships", *West European Politics* 8/4: 19-37.
- BENDIX, R. (1964): *Nation Building and Citizenship* (New York, Wiley & Sons).
- BERMEO, N. (1997): "Myths of Moderation: Confrontation and Conflict during Democratic Transition", *Comparative Politics*, 29/2: 205-322.
- BOUDREAU, V. (2004): *Resisting Dictatorship: Repression and Protest in Southeast Asia* (Cambridge, Cambridge University Press).
- BOIX, C. (2003): *Democracy and Redistribution* (Cambridge, Cambridge University Press).
- BURDICK, J. (1992): "Rethinking the Study of Social Movements: The Case of Christian Base Communities in Urban Brazil", en ESCOBAR, A. y ÁLVAREZ, S. (eds.): *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracy* (Boulder, Co.: Westview), 171-184.
- BURDICK, J. (2004): *Legacies of liberation: The progressive Catholic Church in Brazil at the start of a new millennium* (Aldershot, Ashgate).
- BRANFORD, S. y ROCHA, J. (2002): *Cutting the wire: The story of the Landless Movement in Brazil* (London, Latin American Bureau).
- BRITO, A. (1997): *Human Rights and Democratization in Latin America. Uruguay and Chile* (Oxford, Oxford University Press).
- BROCKETT, C. (2005): *Political Movements and Violence in Central America* (New York, Cambridge University Press).
- BRYSK, A. (1993): "From Above and Below: Social Movements, the International System, and Human Rights in Argentina", *Comparative Political Studies*, 26/3: 259-85.
- CANEL, E. (1992): "Democratization and the Decline of Urban Social Movements in Uruguay: A Political-Institutional Account", en Escobar y Álvarez (1992: 276-90).
- CASPER, G. y TAYLOR, M. (1996): *Negotiating Democracy: Transitions from Authoritarian Rule* (Pittsburgh, University of Pittsburgh Press).
- COHEN, J. y ARATO, A. (1992): *Civil Society and Political Theory* (Cambridge, Mass., MIT Press).
- COLLIER, R. B. (1999): *Paths toward Democracy: The Working Class and Elites in Western Europe and South America* (New York, Cambridge University Press).
- COLLIER, R. B. y MAHONEY, J. (1997): "Adding Collective Actors to Collective Outcomes: Labor and Recent Democratization in South America and Southern Europe", *Comparative Politics*, 29/3: 285-303.
- CORRADI, J., WEISS FAGEN, P. y GARRETÓN, M. A. (eds.) (1992): *Fear at the Edge: State Terror and Resistance in Latin America* (Berkeley, University of California Press).
- DELLA PORTA, D. (2005): "Globalization and Democracy", *Democratization*, 5/12: 668-685.
- DELLA PORTA, D. y DIANI, M. (2006), *Social Movements: An Introduction* (Oxford, Blackwell).
- DELLA PORTA, D. y MATTINA, L. (1986): "Ciclos políticos y movilización étnica. El caso Vasco", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 35: 123-148.
- DELLA PORTA, D. y TARROW, S. (2005) (eds.): *Transnational Protest and Global Activism* (Lanham, MD: Rowman & Littlefield).
- DELLA PORTA, D., VALIENTE, C. y KOUSIS, M. (en prensa): "Sisters of the South. The Women's Movement and Democratization", en GUNTHER, R., DIAMANDOUROS, P. y PUHLE, H. (eds.): *Democratic Consolidation in Southern Europe. The Cultural Dimension*. (Baltimore, The Johns Hopkins University Press).
- ECKIERT, G. y KUBIK, J. (2001): *Popular Protest and Democratic Consolidation in Poland, 1989-1993* (Ann Arbor, MI, University of Michigan Press).
- ECKSTEIN, S. (2001) (ed.): *Power and Popular Protest: Latin American Social Movements*, 2nd edn. (Berkeley, University of California Press).
- ECKSTEIN, S. y WICKHAM-CROWLEY, T. (2003): *What Justice? Whose Justice? Fighting for Fairness in Latin America* (Berkeley, University of California Press).
- EDER, K. (2003): "Identity Mobilization and Democracy: An Ambivalent Relation", en IBARRA, P. (ed.): *Social movements and Democracy* (New York, Palgrave) 61-80.
- EISINGER, P. (1973): "The Conditions of Protest Behavior in American Cities", *American Journal of Political Science*, 67: 11-28.

- ESCOBAR, A. y ÁLVAREZ, S. (1992) (eds.): *The Making of Social Movements in Latin America. Identity, Strategy and Democracy* (Boulder, CO, Westview).
- FLAM, H. (2001): *Pink, Purple, Green. Women's, Religious, Environmental and Gay/Lesbian Movements in Central Europe Today* (New York, Columbia University Press).
- POWERAKER, J. (1989): *Making Democracy in Spain: Grassroots Struggle in the South, 1955-1975* (Cambridge, Cambridge University Press).
- POWERAKER, J. (1995): *Theorizing Social Movements* (London, Pluto Press).
- POWERAKER, J. y LANDMAN, T. (1997): *Citizenship Rights and Social Movements: A Comparative and Statistical Analysis* (Oxford, Oxford University Press).
- GLENN, J. (2003a): "Contentious Politics and Democratization: Comparing the Impact of Social Movements on the fall of Communism in Eastern Europe", *Political Studies*, 55: 103-20.
- GLENN, J. (2003b): "Parties out of Movements: Party Emergence in Postcommunist Eastern Europe", en GOLDSTONE, J. (ed.): *States, Parties and Social Movements* (New York, Cambridge University Press), 147-69.
- HAGOPIAN, F. (1990): "Democracy by Undemocratic Means? Elites, Political Pacts and Regime Transition in Brazil", *Comparative Political Studies*, 23/2: 147-170.
- HELLMAN, J. (1987): *Journeys among Women: Feminism in Five Italian Cities* (Oxford, Oxford University Press).
- HIGLEY, J. y GUNTHER, R. (1992): *Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe* (New York, Cambridge University Press).
- HINNEBUSCH, R. (2007): "Authoritarian Persistence, Democratization Theory and the Middle East: An Overview and Critique", en VOLPI, F. y CAVATORTA, F. (eds.): *Democratization in the Muslim World: Changing Patterns of Power and Authority* (London, Routledge), 11-33.
- HIPSHER, P. (1998a): "Democratic Transitions as Protest Cycles: Social Movements Dynamics in Democratizing Latin America", en MEYER, D. y TARROW, S. (eds.): *The Social Movement Society: Contentious Politics for a New Century* (Lanham, MD, Rowman & Littlefield), 153-72.
- HIPSHER, P. (1998b): "Democratic Transitions and Social Movements Outcomes: The Chilean Shantytown Dwellers' Movement in Comparative Perspective", en GIUGNI, M., MCADAM, D. y TILLY, C. (eds.): *From Contention to Democracy* (Lanham, MD, Rowman & Littlefield), 149-67.
- HITE, K. y CESARINI, P. (2004): *Authoritarian Legacies and Democracy in Latin America and Southern Europe* (Notre Dame, University of Notre Dame Press).
- HOULE, C. (2009): "Inequality and Democracy: Why Inequality Harms Consolidation but Does Not Affect Democratization", *World Politics*, 61/04: 589-622.
- HUNTINGTON, S. (1965), *Political Order in Changing Societies* (New Haven, CT, Yale University Press).
- HUNTINGTON, S. (1991): *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century* (Norman, University of Oklahoma Press).
- JELIN, E. (1987) (ed.): *Movimientos Sociales y Democracia Emergente*, 2 vols. (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina).
- JELIN, E. (1990): *Women and Social Change in Latin America* (London, Zed Books).
- KALDOR, M. (2003): *Global Civil Society. An Answer to War* (Cambridge, Polity Press).
- KAMRAVA, M. y MORA, F. (2003): "Civil Society and Democratization in Comparative Perspective: Latin America and the Middle East", en ELLIOT, C. (ed.): *Civil Society and Democracy* (New Delhi, Oxford University Press), 324-35.
- KARATNYCKY, A. y ACKERMAN, P. (2005): *How Freedom is Won: From Civic Resistance to Durable Democracy* (New York, Freedom House).
- KEANE, J. (2003), *Global Civil Society?* (Cambridge, Cambridge University Press).
- KECK, M. y SIKKINK, K. (1998): *Activists beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics* (Ithaca, Cornell University Press).
- KLANDERMANS, B. y MAYER, N. (2005) (ed.): *Extreme Right and Activists in Europe: Through the Magnifying Glass* (New York, Routledge).
- LIPSET, S. M. (1959): "Some Social Requisites to Democracy: Economic Development and Political Legitimacy", *American Political Science Review*, 55: 69-105.
- LINZ, J. y STEPAN, A. (1996): *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America, and post-Communist Europe* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press).
- LOWDEN, P. (1996): *Moral Opposition to Authoritarian Rule in Chile, 1973-1990* (London, Macmillan).
- MAINWARING, S. (1987): "Urban Popular Movements, Identity, and Democratization in Brazil", *Comparative Political Studies*, 20/2: 131-59.
- MAINWARING, S. y LEVINE, D. (2001): "Religion and Popular Protest in Latin America: Contrasting Experiences", en Eckstein (2001: 203-40).
- MARAVALL, J. M. (1978): *Dictatorship and Political Dissent: Workers and Students in Franco's Spain* (New York, St. Martin's Press).
- MARAVALL, J. M. (1982): *The Transition to Democracy in Spain* (London, Croom Helm).
- MARKOFF, J. (1996): *Waves of Democracy: Social Movements and Political Change* (Thousand Oaks, CA, Pine Forge Press).
- MARSHALL, T. H. (1992): "Citizenship and Social Class (1950)", en MARSHALL, T. H. y BOTTOMORE, T. (eds.):

- Citizenship and Social Class (London, Pluto Press), 3-51.
- MCADAM, D., TARROW, S. y TILLY, C. (2001): *Dynamics of Contention* (New York, Cambridge University Press).
- MIGNONE, E. (1988): *Witness to the Truth: The Complicity of Church and Dictatorship in Argentina, 1976-1983* (New York, Orbis).
- MOORE, B. (1966): *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World* (Boston, Mass., Beacon Press).
- OBER SCHALL, A. (2000): "Social Movements and the Transitions to Democracy", *Democratization*, 7/3: 25-45.
- O'DONNELL, G. (1973): *Modernization and Bureaucratic-Authoritarianism: Studies in South American Politics* (Berkeley, University of California Press).
- O'DONNELL, G. (1993): "On the State, Democratization and some Conceptual Problems (A Latin American view with Glances at some post-Communist Countries)". Working Paper Series Nº 92 (Notre Dame, The Helen Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame).
- O'DONNELL, G. (1994): "Delegative Democracy?", *Journal of Democracy*, 5: 56-69.
- O'DONNELL, G. y SCHMITTER, P. (1986): *Transitions from Authoritarian Rule. Tentative Conclusions about Uncertain Democracies* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press).
- O'DONNELL, G., SCHMITTER, P. y WHITEHEAD, L. (1986) (eds.): *Transitions from Authoritarian Rule. Prospects for Democracy*, 4 vols. (Baltimore, The Johns Hopkins University Press).
- OSA, M. (2003): "Networks in Opposition: Linking Organizations Through Activists in the Polish People's Republic", en DIANI, M. y MCADAM, D. (eds.): *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action* (Oxford, Oxford University Press), 77-104.
- PAGNUCCO, R. (1995): "The Comparative Study of Social Movements and Democratization: Political Interaction and Political Process Approaches", en DOBKOWSKI, M., WALLIMANN, I. y STOJANOV, C. (eds.): *Research in Social Movements, Conflict and Change* (London, JAI Press), 18: 145-183.
- PAYNE, L. (2000): *Uncivil Movements: The Armed Right Wing and Democracy in Latin America* (Baltimore, Johns Hopkins University Press).
- PIZZORNO, A. (1996): "Mutamenti nelle istituzioni rappresentative e sviluppo dei partiti politici", en *La storia dell'Europa contemporanea* (Torino, Einaudi), 961-1031.
- PRIDHAM, G. (2000): *The Dynamics of Democratization. A Comparative Approach* (London, Continuum).
- PRZEWORSKI, A. (1991): *Democracy and the Market: Political and economic reforms in Eastern Europe and Latin America* (Cambridge, Cambridge University Press).
- PRZEWORSKI, A., ALVAREZ, M., CHEIBUB, J. y LIMONGI, F. (2000): *Democracy and Development: Political Institutions and Well-Being in the World, 1950-1990* (Cambridge, Cambridge University Press).
- REINARES, F. (1987): "The Dynamics of Terrorism during the Transition to Democracy in Spain", en WILKINSON, P. y STEWART, A. (eds.): *Contemporary Research on Terrorism* (Aberdeen, Aberdeen University Press).
- Rossi, F. (2005): "Crisis de la República Delegativa. La constitución de nuevos actores políticos en la Argentina (2001-2003): las asambleas vecinales y populares", *América Latina Hoy*, 39: 195-216.
- Rossi, F. (2006): "Movimientos Sociales", en AZNAR, L. y DE LUCA, M. (eds.), *Política. Cuestiones y Problemas* (Buenos Aires, Editorial Ariel), 235-74.
- Rossi, F. y DELLA PORTA, D. (2009): "Social Movement, Trade Unions and Advocacy Networks", en HAERPFER, C., BERNHAGEN, P., INGLEHART, R. y WELZEL, R. (eds.): *Democratization* (Oxford, Oxford University Press), 172-185.
- RUESCHEMAYER, D., STEPHENS, E. H., y STEPHENS, J. (1992): *Capitalist Development and Democracy* (Chicago, IL, University of Chicago Press).
- SANDOVAL, S. (1998): "Social Movements and Democratization. The Case of Brazil and the Latin Countries", en GIUGNI, MCADAM y TILLY (1998: 169-201).
- SANTOS, B. S. (2005) (ed.): *Democratizing Democracy: Beyond the Liberal Democratic Canon* (London, Verso).
- SCHNEIDER, C. (1992): "Radical Opposition Parties and Squatter Movements in Pinochet's Chile", en ESCOBAR y ÁLVAREZ (1992: 60-75).
- SCHNEIDER, C. (1995): *Shantytown Protests in Pinochet's Chile* (Philadelphia, Temple University Press).
- SIKKINK, K. (1996): "The Emergence, Evolution, and Effectiveness of the Latin American Human Rights Network", en JELIN, E. y HERSHBERG, E. (eds.): *Constructing Democracy: Human Rights, Citizenship, and Society in Latin America* (Boulder, CO, Westview Press), 59-84.
- SILVER, B. (2003): *Forces of Labour* (New York, Cambridge University Press).
- SINTOMER, Y., HERZBERG, C. y ROECKE, A. (2008): *Les budgets participatifs en Europe* (Paris, La Découverte).
- SCHOCK, K. (2005): *Unarmed Insurrections: People Power Movements in Non-democracies* (Minneapolis, The University of Minnesota Press).
- SÁNCHEZ-CUENCA, I. y AGUILAR, P. (2009): "Terrorist Violence and Popular Mobilization: The Case of the Spanish Transition to Democracy", *Politics & Society*, 37(3), 428-453.
- SLATER, D. (1985): *New Social Movements and the State in Latin America* (Amsterdam, CEDLA).

- STARK, D. y BRUSZT, L. (1998): *Postsocialist Pathways: Transforming Politics and Property in East Central Europe* (Cambridge, Cambridge University Press).
- TARROW, S. (1995): "Mass Mobilization and Regime Change: Pacts, Reform and Popular Power in Italy (1918-1922) and Spain (1975-1978)", en GUNTHER, R., DIAMANDOUROS, N. y PUHLE, H. (1995: 204-30).
- TILLY, C. (1993-94): "Social Movements as Historically Specific Clusters of Political Performance", *Berkeley Journal of Sociology* 38, 1-31.
- TILLY, C. (2001): "When Do (and Don't) Social Movements Promote Democratization?", en IBARRA, P. (ed.): *Social Movements and Democracy* (New York, Palgrave Macmillan), 21-45.
- TILLY, C. (2004a): *Contention and Democracy in Europe, 1650-2000* (Cambridge, Cambridge University Press).
- TILLY, C. (2004b): *Social Movements, 1768-2004* (Boulder, CO, Paradigm).
- TILLY, C. (2007): *Democracy* (Cambridge, Cambridge University Press).
- TILLY, C. y TARROW, S. (2006): *Contentious politics* (Boulder, Paradigm).
- TOURAIN, A. (1981): *The Voice and the Eye. An Analysis of Social Movements* (Cambridge, Cambridge University Press).
- ULFELDER, J. (2005): "Contentious Collective Action and the Breakdown of Authoritarian Regimes", *International Political Science Review* 26/3, 311-334.
- VERBITSKY, H. (2005): *El Silencio: De Paulo VI a Bergoglio. Las Relaciones Secretas de la Iglesia con la ESMA* (Buenos Aires, Sudamericana).
- WOOD, E. (2000): *Forging Democracy from Below: Insurgent Transitions in South Africa and El Salvador* (New York, Cambridge University Press).
- WICKHAM-CROWLEY, T. (1992): *Guerrilla and revolution in Latin America: A comparative study of insurgents and regimes since 1956* (Princeton, Princeton University Press).
- WRIGHT, T. (2007): *State Terrorism in Latin America: Chile, Argentina and International Human Rights* (Lanham, MD, Rowman & Littlefield).
- YASHAR, D. (2005): *Contesting Citizenship in Latin America: The Rise of Indigenous Movements and the Postliberal Challenge* (New York, Cambridge University Press).
- ZHAO, D. (2000): *The Power of Tiananmen* (Chicago, IL, Chicago University Press).

RESUMEN

Este artículo analiza la poco estudiada relación entre los procesos de democratización y los movimientos sociales, ciclos de protesta, oleadas de huelga y redes transnacionales de resistencia a regímenes no democráticos. Primero presenta la visión existente sobre los movimientos sociales en la literatura sobre democratización, señalando el limitado rol que le es asignado por los principales enfoques: la teoría de la modernización, la perspectiva histórica de clase y la transitología. A continuación se concentra en la visión de la democratización dentro de la literatura sobre movimientos sociales, donde el enfoque de los nuevos movimientos sociales enfatiza las características innovadoras, la dimensión post-materialista y no estado-céntrica de los movimientos durante la democratización; y el

enfoque del proceso político considera a la democratización como un producto de la interacción entre las negociaciones de élites y los procesos de movilización. Luego de realizar una revisión de las diferentes perspectivas, los autores proponen una organización analítica de los diferentes roles que los movimientos sociales, sindicatos, redes de activistas y ciclos de protesta juegan en el proceso dinámico, contingente y conflictivo de formación de la democracia. Para ilustrar el debate se recurre a casos de América Latina, el sur de Europa y Europa oriental con el fin de mostrar los diversos roles jugados por los movimientos sociales, dependiendo del tipo de proceso de democratización y la etapa en la que se movilizan (resistencia, liberalización, transición, consolidación, expansión).

SUMMARY

This article looks at the little studied relationship between social movements, cycles of protest, waves of strikes and transnational advocacy networks of resistance to non-democratic regimes in democratization processes. It first focuses on views of social movements within the democratization literature, pointing at the limited role assigned to them in the main approaches: modernization theory, historical class perspective and transitology. It then moves to address visions of democratization within the social movement literature, where the new social movements approach emphasizes the innovative, post-materialist dimension and non-state centric characteristic of movements during democratization; and the political process approach

considers democratization as a product of the interaction between elite negotiations and mobilization processes. After reviewing these different perspectives, the authors propose an analytic organization of the different roles that social movements, trade unions, advocacy networks, and cycles of protest play in the dynamic, contingent and contentious shaping of democracy. In the discussion of these topics, Latin American, Southern European and Eastern European cases are used to illustrate the diverse roles played by social movements, depending on the type of democratization process and the stage in which they mobilize (resistance, liberalization, transition, consolidation, expansion).

REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

ROSSI, Federico M. y DELLA PORTA, Donatella

"Acerca del rol de los movimientos sociales, sindicatos y redes de activistas en los procesos de democratización". *DESARROLLO ECONÓMICO – REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES* (Buenos Aires), vol. 50, N° 200, enero-marzo 2011 (pp. 521-545).

Descriptores: <Movimientos sociales> <Democratización> <Sindicatos> <Ciclos de protesta>.